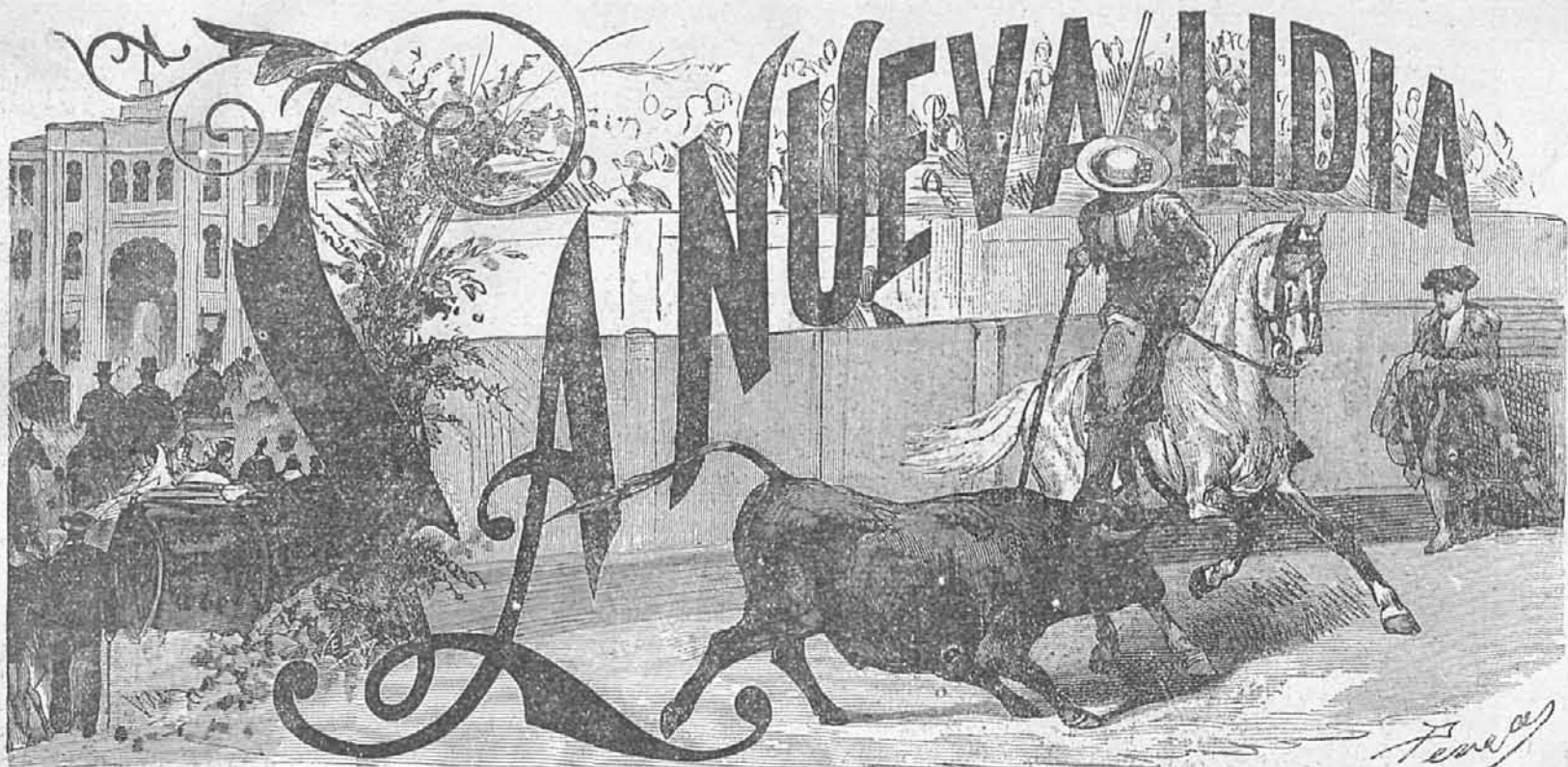




REVISTA TAURINA, ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS CROMOS

SE PUBLICARÁ AL DIA SIGUIENTE DE VERIFICADA EN MADRID LA CORRIDA

ADMINISTRACION:
Calle del Lazo, 3, principal derecha.

HORAS DE OFICINA:
Todos los días de 10 á 6 de la tarde.

DIRECTOR LITERARIO: ALEGRÍAS

PRECIOS DE VENTA
Número extraordinario..... 30 céntimos.
Número ordinario..... 15
Por suscripción.
Un trimestre, pesetas..... 2,50

A nuestros lectores

CORRESPONSALES

En vista de las numerosas cartas recibidas de provincias pidiendo suscripción á nuestra Revista, dando por no dicho lo que anunciamos en nuestros prospectos,

SE ADMITEN SUSCRIPCIONES PARA PROVINCIAS

Trimestre: 3 pesetas.

No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se haga anticipado.

LA SEGUNDA EDICION FRANCESA TERMINADA

Vendemos en nuestra Administración los números á una peseta ejemplar.

LOS CORRESPONSALES

á los cuales aún no se les haya enviado el número primero, se servirán dispensar nuestra tardanza, motivada por haber realizado en Madrid los números que teníamos impresos y tener que emprender nueva tirada para atender los compromisos de provincias.

NUESTRO ÚNICO REPRESENTANTE EN FRANCIA

MR. J. Y. FERRER

71—Rue de Rennes—71

PARIS

Mazzantini.

(ESTUDIOS ACERCA DE UN FRAC Y UNA CORBATA BLANCA)

El tren de las cinco y cuarto de la madrugada del pueblo llamado Corvejuela se había detenido dos minutos en la pobrísima estación de su pertenencia, desembarcando de su furgon de cola algunos mal provistos equipajes, de su coche-correo un paquete de cartas ligado con varios números de periódicos y de su bien repleta máquina dos columnas de negro vapor que al espaciarse en los aires lanzaron fuertes rugidos de salvaje alegría.

—¡Señores viajeros, al tren!... gritó una voz cascada y seca, en tanto que el silbato interrumpió el silencio de la noche y la campana de la estación saludó la pomposa y rechinante marcha de aquel férreo huésped que había puesto en conmoción á los madrugadores de aquel encalado recinto.

Hubo un momento en que el jefe de aquella estación de parada, con su gorrilla de desteñidos galones sobre las cejas, un mal abrigo de paño de Búrgos sobre sus hombros y un pañuelo de algodón de desproporcionadas dimensiones atado al cuello, tuvo que dejar su mal perjeñado lecho, salir á la explanada del andén con las brisas del sueño cerniéndose en sus labios, y algo de cansancio... mucho de hastío moral y mal reprimida cólera reflejándose en su semblante.

Por obligación debía, desde aquella hora, seguir esperando el paso de huéspedes tan inoportunos como aquel, que en malhadada hora le turbase su tranquilidad y le arrebatase en lo mejor de la noche las delicias de su descanso.

Cuando el silencio se produjo en aquella estancia, aquel empleado de la línea que al resplandor de los faroles de la estación trazas tenía su bien condicionada figura de joven aristócrata envuelto entre las telas burdas y campestres de la montería, después de dictar algunas disposiciones y arreglar varios legajos sueltos sobre su mesa, se puso á reflexionar...

¡Musa charlatana de la coquetería, dínos en tan preciosos instantes lo que hablara para sí propio aquel jefe de la estación de Corvejuela, sañudo el rostro, hosco el semblante, la frente de prematura calvicie apoyada sobre una de sus manos, y el indeciso mirar de sus pupilas vagando en la región inmensa de lo infinito!... ¿Qué pensaba?... ¿Qué ideas acudían á la mente de aquel madrugador por oficio en la mañana fría de uno de los días de Setiembre, cuando apenas el sol se había emancipado de las nubes, y las locomotoras del tren de Malpartida llenaban ya aquel espacio con sus estridentes silbidos?

No bien el telégrafo anunció á la curiosidad vigilante de nuestro protagonista que el tren núm. 24 visitaba la próxima estación y seguía su marcha triunfante sin alguna novedad, cuando él mismo dió vida con su palabra al mutismo penetrable de sus sueños.

—¡Cuatro mil reales, se dijo y casi lo gritó en alta voz: cuatro mil reales al año por habitar en este destierro, con la responsabilidad del que tiene en peligro vidas y haciendas por la torpeza de un guarda-aguijas ó la pereza de un guarda-frenos! ¡Oh!... yo debiera ser pendolista, porque tengo una letra que ni cincelada por un buril; ó escritor público, que para ello no me falta entereza, y sobre todo intención... Pero... (y en esta conjunción adversativa se quedó nuestro hombre reflexionando y añadiendo después)... yo quiero la escala que se domine, y no el peldaño que ayude por grados á subir... Siento en mis venas el fuego de la popularidad, la atmósfera del triunfo, el rumor de los aplausos... Ostentación, vanagloria, ruido, palmas que estallen al crujir, miradas que fascinen al...

Nuestro hombre se quedó adivinando la frase, más bien gozando con la caricia de su alegre pensamiento, que si la hubiese emitido por sus labios, y dando de repente un brusco salto sobre su sillón de sucia bayeta, golpeándose las sienes como si se hubiese vuelto loco, exclamó á la manera de un geómetra que hubiese hallado la cuadratura del círculo: — ¡Voy á ser artista, un tenor, un magnífico tenor de ópera italiana!... Y en verdad que ningún otro apellido mejor que el suyo podría abonarle para el caso: el ideólogo de aquella pobre estación de Corvejuela se llamaba Mazzan... y terminaba en *tini*. Este *tini* era la clave de su porvenir.

Levantóse al punto de su asiento, como ya hemos dicho, y aquí del recuerdo de los Marios y Gayarres! empezó á hacer escalas ascendentes con áspera y desentonada voz... tan desentonada y áspera, que á la tercera nota algún que otro vigilante de aquellos contornos hubiera sospechado que nuevo silbato de la locomotora avisaba la proximidad de algún tren de mercancías... Decididamente no podía ser tenor...

Mazzantini volvió de nuevo á castigar su fantasía.—Seré cómico, un gran actor dramático, se dijo, y nuevo abandono del sillón y reiterados paseos por aquella estancia acusaban que aquella imaginación era presa de delirante vértigo: — «Cinco mil duros al año... la escasez de contratas... el gasto exorbitante de una escena... no hay que pensar en esto... ¡si fuese artista de canto, ya sería otra cosa!... ¡Si fuese tenor!...» Y aquel funámbulo nocturno volvió á insistir, como demente excitado por una sola idea, en su irrealizable pesadilla.

Los resoplidos de una nueva máquina anunciaron la proximidad del tren núm. 38, cargado de viajeros. Nuestro empleado volvió como antes al andén á cumplir su cometido. El sol ya alumbraba la planicie donde el monstruo de hierro debía fijar el peso de sus enormes ruedas. Al ambiente frío, húmedo y desapacible de la madrugada, había sucedido una renovación de vida, de movimiento, de colores... ¡Corvejuela! gritó el mozo de la estación, y aquel empleado de gorrilla sobre las cejas, de capote montés sobre los hombros, á quien hemos visto fantasear como iluso en su mal encalada estación de la línea de Malpartida, montó sobre los estribos del tren, asido á sus abrazaderas de hierro y paseó su vigilante mirada por el fondo de los coches.

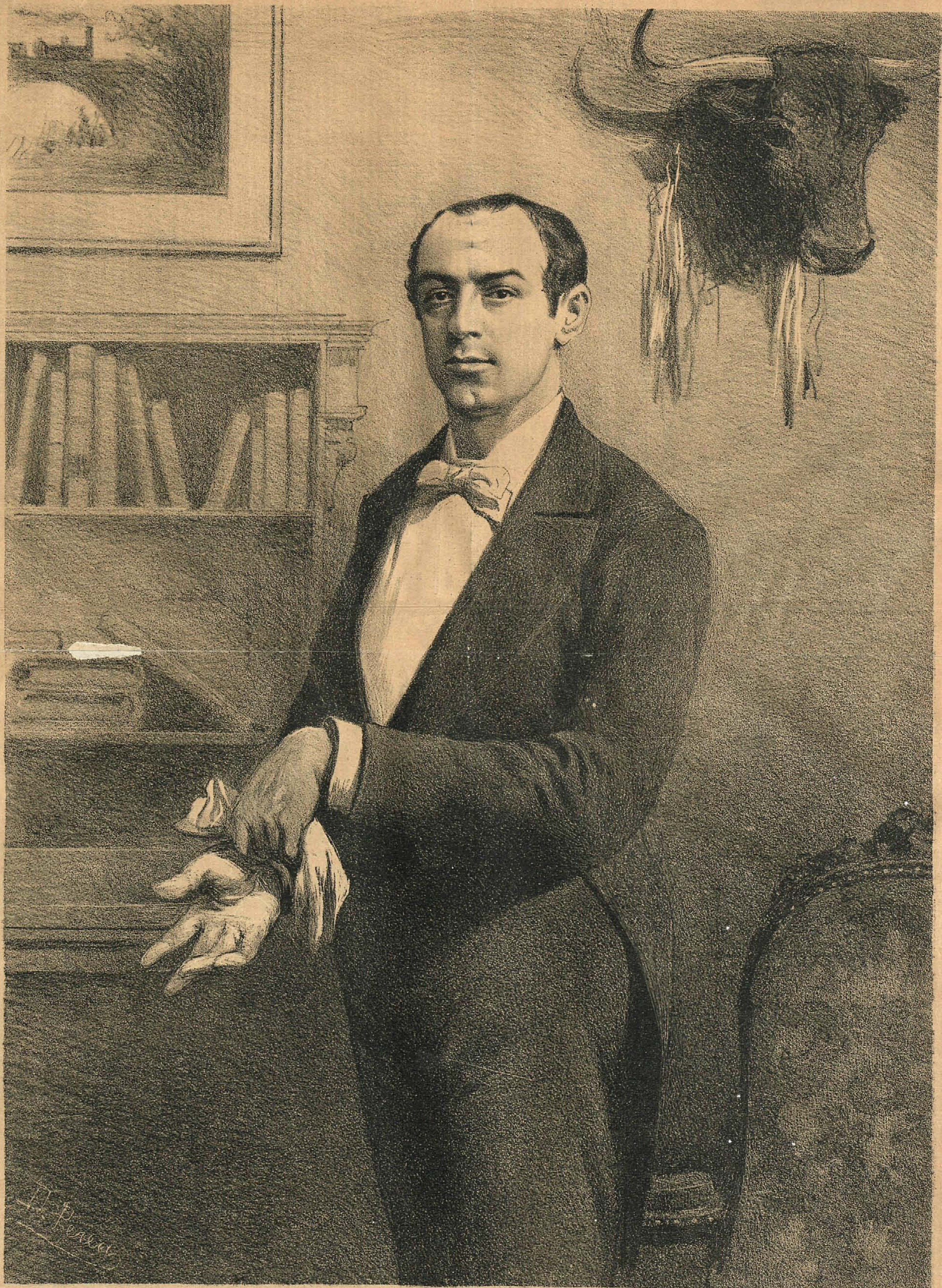
La cuadrilla de uno de los diestros más notables de nuestros días movíase alborozosa, alegre, inquieta, desordenada en el interior de un vagón de segunda: todo era adelgazar la pesada bota de mosto que pendía del alambreado friso, rumor de palmas, reír de chacotas, apurar hasta la dejadez los sabrosos fiambres que el hartazgo opulento dejaba esparcidos sobre asientos, y aún sobre el pavimento de madera de aquel cenáculo con ambientes de orgía improvisada.

El jefe de aquella escolta dormía aún sobre los muelles asientos de un coche de primera. Cuando Mazzantini paseó sus miradas por el fondo del coche, allí le contempló dormido profundamente sobre el extendido almohadón de cenicienta tela; la dejadez del cansancio retratada en los abatidos miembros del diestro; su cabeza veíase desordenada; suelta la trenquilla que acariciaba al compás del viento su rudo semblante; el torzal del fino pantalón plegándose á las posturas del fin gido lecho sobre el cual se extendía; el sombrero á la cordobesa abandonado junto á los pies; la chaqueta de lujoso astracán tratada como prenda de pobrísimo coste; la pechera de la camisola abierta á la intemperie, dejando ver una chambra interior de encarnada seda; prendidos del ojal regueros de brillantes, brillantes también en los dedos, en el fino engarce de la cadena, en los dijes del reloj y aún sobre las tapas del horario, que un movimiento brusco de la indolencia había lanzado fuera del bolsillo, como patente de ostentación y riqueza de aquel viajero afortunado.

El joven empleado de la estación temió despertar á aquel nabab en forma de *touriste* dormido, y sin perder el estribo que casi rozaba con el levantado peldaño del andén, corrió á inspeccionar los billetes en la ventanilla del coche de segunda donde aún la *troupe* del diestro seguía á grito herido alborotando.

—¡Buena temporada! decía uno de ellos; ayer tarde toros, hoy, en cuanto lleguemos á X., volveremos á vestirnos para

LA NUEVA LIDIA



LIT. DE FERNANDEZ P^{ta} DE S^{ta} NICOLÁS, 7.

Luis Maggagnoli

la plaza... cigarros para fumar durante un mes y cuarenta y ocho mil reales cobrados por el maestro.

En esto, la máquina había bebido agua, con que alimentarse su combustión; ya había salido a los desamparados vagones con un fuerte topotazo para anunciarles la salida, y el silbato y la campana anunciaron nueva marcha del tren número 38, que arrastraba dentro de sí a unos hombres enloquecidos por el placer, y un diestro dormido sobre un almohadón salpicado de brillantes.

Mazzantini volvió a su estancia sin detenerse en más pormenores; sea que los reflejos del naciente sol coloraban su semblante, sea que una expansión del alma fulgurase ya en sus pupilas, lo cierto es que una alegría inesperada plégala en forma de sonrisa los finos remates de su boca.

—Cuarenta y ocho mil reales, gritó más bien que dijo, ganados en dos tardes... doce años de mi trabajo en esta oscura localidad... decididamente, añadió, no voy a ser tenor, ni artista dramático... yo quiero... y se detuvo en la frase; después añadió con cierto estudiado énfasis y una convicción sin límites: Yo quiero ser torero.

Jacioso lector: si toda la pléyade de diestros, aficionados, matadores vivos y muertos hubiesen oído aquella exclamación de labios de aquel joven inexperto, no crees tú conmigo que todos a una hubieran prorumpido en ruidosa y burlesca carcajada?

Pero tú, musa de los imposibles, sigue ayudándome en mi obra, que en el monólogo fantástico de Luis Mazzantini vas a enseñar cómo el cuento de la lechera carece a veces de razón, y sobre todo cómo la fe traslada los montes y hace colocar una espada en la mano del que naciera para manejar la pluma sobre un libro de talones al portador.

—Yo quiero ser torero, se dijo: me probaré en corridas de beneficencia en favor de los empleados del ferrocarril... Después mataré en los Campos Elíseos, aceptando esta insignificante plaza como «cuna de mi alición». ¿Quién no ha de dar dinero en los pueblos por ver matar a un señorito... Voy a los pueblos, desde Corcubión hasta Melgarajo, desde el rincón de Galicia hasta la aldea de Andalucía... La cuestión es practicar, y salir... ¡Ah! si me hace falta nombre... popularidad; ¡cascos no tengo correcta ortografía, no sé manejar bien los alambres del telegrafo!... Mi crédito iniciado, ¡a Montevideo!... allí tomaré la aureola de la ausencia y el incentivo del deseo... Después a España, a mi querido país... me empujaré a dar tono y me contritarán con espadas de cartel... Una, dos, y llevo dos corridas alternando con ellos... ¡Oh! Si alguna vez matase con el Gordo, y el toro cayese muerto a mis pies... ¿Quién sabe?... Por otra parte, un diestro que se pone guantes no se ve todos los días; me compraré guantes amarillos y con tres rayas de seda negra para imitar a los del Veloz... Después, después las empresas querán dar a conocer a los públicos el joven aristócrata vestido de matador... al principio me silbarán, pero luego yo les haré aplaudir. ¡La alternativa!... ¿Quién me habla de alternativa? Esta me la dará el deseo de los públicos, y no mi loca precipitación... Alendi en engrosarse un bolsal, lo mismo me importará matar con Legarito que estropear con el Muletero... Eso sí, habrá después que sentar plaza de general en el oficio... ¡Ah!... Para esto esperaré que una empresa me adule con 11.000 reales a la menos por corrida... Y sobre todo... ¿de quién tomare la alternativa en Sevilla? Pues del ídolo de Andalucía, de Salvador... ¿Y de quién la tomaré en Madrid?... Pues del ídolo de los madrileños, de Rafael... ¡Ah! si esto se realitara!... Si yo fuese tan feliz... Y aquel joven sumido en aquel océano de sueños, volvió a caer extático, abatido, delirante en aquel sillón de baqueta, comprado en el Rastro por la compañía ferrocarrilera para el jefe de la estación de Corcubión.

A los pocos minutos se levantó, fijó sus pupilas en un raquítico espejo, apartó el pañuelo de su garganta y dejó caer el capuchón de sus hombros.

—Hasta la alternativa en Madrid se dijo. Desde la arena de la plaza por la tarde, hasta mañana para oír a Masini en el teatro Real...

¡El sueño se ha realizado!

Por eso, lector, no me extraño días pasados ver a Mazzantini en casa de Eusebio eligiendo telas para un vestido de toroar, entrando media hora después en los salones de Alcáide con una corbata blanca en la mano para decir al elegante sastre: —*Mio caro, tomenis V. matadas de un frac.*

TOROS EN MADRID

Corrida extraordinaria verificada en la tarde del jueves 29 de Mayo de 1884.

Alternativa de Luis Mazzantini, concedida por Rafael Molina, «Lagarillo». Toros de Muruve. Hora, a las cuatro y media. Presidencia de D. Gregorio Paniá.

1.º *Capitan*, negro, zañón, bien puesto. Hermosa lámina del primero de los Muruve. M. Calderón y *Badila* trabajan de tanda. Raja el último, dejando a Rafael que Mazzantini haga un comprometido quite, saliendo deslucido. Buena vara de Calderón. Al quite el debutante... Silencio en las filas. Nueva caricia de Calderón. Rafael pierde el capote, quedándose con el nudo de abrazadera. A la sexta vara, puesto que el animal era blando al hierro, se ordenó cambiar de suerte.

(Los camplidos de ordenanza.)

Pulga deja un par superior a toro parado. La Maicha Real anuncia la entrada de SS. MM. Galea uno al cuarto, con aplausos. *Pulga* repite dejando, uno algo abierto.

Rafael entregó a Mazzantini los arreos de matar con montera en mano. Brindis-discurso del novel matador.

Tres al natural y uno cambiado, sin dejar el brazo izquierdo, fué el comienzo de la faena; después uno con la derecha, rematando en una navarra para empezar nuevos pases. El animal se cuadra de los delanteros, tirándose el diestro desde largo, pero por derecho, con una honda hasta la

empuñadura. (Muchos aplausos.) Dos minutos después el toro se echó junto a los tableros del 8. (Se repiten los aplausos.)

2.º *Tamborito*, de igual pinta que el anterior. Manuel clavó en las agujas, no recargando por fírese el animal de la suerte. *Badila* a la primera caricia rompió el palo. A una vara de Manuel, Luis al quite con una a punta de capote. Después de cinco puyazos, ¡a banderillas! El *Torero* quiebra, clavando un par algo pasado; *Manene* uno de frente, de gran mérito y castigo; *Torero* cuarta. (Palmas a todos.)

Se reitera la parte oficial entre el cordobés y el alumno. Un natural, dos cambiados y el cuarto en redondo para engendrar el volapié en corto, marcando media estocada superior; nuevos pases junto a los tableros del 3, hiriendo con otra media, que resultó algo contraria. Por tercera vez nuevo trasteo junto al 6, atizando un volapié delantero en las tablas. El diestro sacó la espada de su sitio, y *Tamborito* se echó. (Palmas.)

3.º *Culebro* (idéntica pinta). Desde largo se encará con el caballo de *Badila*, arrojándole en las tablas; después hizo la misma faena con Calderón. (Los matadores al quite, deslucidos, el viento los capotillos.) Dos varas con coraje del antiguo picador de Angel. (Confusión junto a los tableros del 4.) *Badila* cae, estando al quite los matadores. El *Albani* sale a la palestra, *Badila* se descubre para pinchar en lo alto; Después de ocho varas se cambió la suerte. *Gallito* aprovechó clavando un par en su sitio; Juan castiga arrancando de lejos; a la media vuelta pone el tercero el Sr. José, y ya tenemos a Rafael por derecho propio frente a la cara de *Culebro*. Antes de engendrar el primer pase, el diestro hizo uno *extraño*. Cuatro pases precedieron a un pinchazo sin soltar, recargando el toro sobre su matador. Dos pases más con la derecha, tomándolo de largo a la fiera... Por último, un mete y saca a paso de banderillas, acostándose el toro después de esta inesperada caricia. (Silbidos... después aplausos.)

4.º *Estornino*, de igual pinta, algo más cornalón que sus hermanos. Contra Manuel acometió primero; matándole el caballo. *Badila* pinchó dos veces recargando en los bajos; la segunda vara fué la mejor. Calderón se pasa, entregando el potro. Blandió como sus hermanos, no aguantó más de cinco varas.

Minuto se pasa en los medios; después pone medio par al cuarto; Galea cumple con uno delantero; *Minuto*, Galea, repiten por lo mediano.

Y ya tenemos a D. Luis frente al cuarto toro de la tarde! El primero fué al natural, el segundo cambiado, alternó con estos pases por segunda y tercera vez, y uno en redondo fué el preliminar de dos pinchazos en su sitio. Tercer pinchazo después de algunos pases junto a la quencia de un caballo. Un desarme. Nuevo trasteo para cuadrarse el matador y rematar con una honda hasta la empuñadura, engendrando un buen volapié. (Palmas, sombreros, una bota prendida de tela faja, etc.)

5.º *Redido*, negro mulato, meano, bien puesto. Dos veces seguidas mató *Badila*, para ahondar luego con el palo. Por lo bajo castigó Manuel. El Bayart siguió ahondando en el costurón por dos veces. Al quite Luis con media verónica. Siete varas, después de un caballo en la arena, y se pasó a banderillas.

Manene muy en corto con uno chido; el *Torero* imita al *Gueño* para dejar abierto el segundo; *Manene* intentó al sesgo, empujando después para dejar repetir a su compañero.

Cuatro pases muy sobre corto de Rafael preparan a aquel noble animal para recibir de su matador dos medias tendidas. Seis medios pases pasando sin herir. Nuevo pinchazo al volapié desarmado el de Martini; por segunda vez pásase sin herir; antes de esto último el diestro había cambiado el color de la muleta; tercer pinchazo frente al 7; vuelta al color rojo de la muleta... En los medios una estocada andando, de verdadero recurso, descabellando al fin, porque el toro no se echaba.

6.º *Alcarrero*, negro, entrepelao, salpicado. Nueve varas entre Calderón, *Badila*, Martínez y el *Albani*. El *Aragón* y *Minuto* paren.

Mazzantini emplea siete pases para despachar a su adversario de la primera estocada, que resultó un tanto caída. El diestro hirió muy en corto, y por derecho. (Aplausos en toda la línea.)

Varios espectadores pasean sobre sus hombros al diestro por la plaza.

ALTERNATIVA

Tres toros X tres estocadas. (Los pinchazos en su sitio.)

ENTRE PARÉNTESIS

(Si abramos un paréntesis; digamos que el sol, oscurecido en la tarde anterior, hasta el punto de mostrarse ofendido con empresa, diestros y público, dejaba sentir sus ardorosos rayos más de lo que convenía a la frescura de una tarde no canicular, sino de apacible primavera. Las equis ya serían cuando las localidades iban llenándose de apretada multitud... aquellos pasillos eran los largos cruceros de una abigarrada Audiencia (*pasen le mos*), porque aquello tenía aspecto de extramuros de un palenque donde fuera a celebrarse juicio de Dios, de tribunal, de certamen, de algo que decide del valor de un campeón, comentado por los hablillas, e inducido por el afán de ser encumbramiento o trituration de un severo público.)

¿Sería para fortuna o desgracia del joven diestro? Pero allí estaban formando rica colección de vistosos trajes, sus ociosos compañeros. En uno de los palcos Salvador y Bona-negra, más allá Fernando y su cuadrilla, reunidos en amigable sociedad Valentin y Cuatro dedos. Curiosidad, entusiasmo, despecho... ¿qué ocurrirá esta tarde?... ¿cómo estará?... cada corazón de aquellos era una continua palpación. Se daban en tan encontrados pareceres todas las distintas fases del sentimiento humano.

Jués, día de trabajo, los billetes se habían concluido en la tarde anterior... Esto era ya el comienzo de un triunfo, decimos mal, de una temible derrota, pues cuando el hecho no se ajusta al ideal que formamos, todo lo que éste se agiganta con la fantasía, aquél se aminora con el desengaño... ¡Oh!

si la desgracia hubiese sobrevenido, ¡cómo se hubiera desencadenado el desprecio contra la después glorificada víctima!... Pero sigamos adelante.

—Hay valor y nada más!... —El telegrafo anda mejor manejado que su estoque... —Sangre torera un chupatintas de ferro-carril... —Ahora lo veremos!

—Ha repartido a sus amigos más de 300 billetes de la plaza... —¡Qué tanto!... ¡qué pedante!... —¡Uff!... qué necio! Callad, voces infaustas de la pasión o de la envidia...; y si a tanto os atreveis, bueno es que tomeis asiento ya en los tendidos, y después de aplaudir a pesar vuestro, mediteis conmigo, al modo que yo lo hago en esta

APRECIACION

Representa Mazzantini al diestro de larga historia torera que, después de caminar paso a paso por los espinosos caminos de la profesión, llega al deseado límite, tomando la alternativa en la plaza de Madrid. No; el joven Luis es un cometa sin órbita, sin rumbo, sin dirección, algo de nebulosa, que en cortos períodos de fulgor en su cielo, ha tomado las proporciones de un astro. Salíó de lo imposible, se educó junto a los libros y no pisó el Matadero. Se calzó el guante y odió el clásico bastón de bronceado puño y contera de pesadas libras. Fué un huésped incómodo y... ya lo podemos decir... hasta burlesco del café Imperial, y allí tuvo que castigar con el denuesto las heridas que le inferían con la murmuración.

Apareció como un loco el que después había de dar ejemplos de cordura. Una vuelta de espaldas de la diosa Suerte hubiera sido para él la apoteosis del ridículo... O era el héroe o el monomaniaco con visos de chifladura estos eran los términos en que se presentaba su terrible dilema.

¡Telegramas y cartas!... ¿Quién hace caso de esta venal coquetería de la fama, comprada en nuestros criticados tiempos...? ¿Será verdad cuanto del novel diestro se dice?

Este era el aguijón más fuerte que movía la curiosidad del público en la tarde de su alternativa.

Curiosos nosotro también. Mazzantini tiene en nuestro humilde concepto un camino totalmente andado y otro algo más fácil que recorrer. Ha llegado, digámoslo muy alto, a la meta de MATADOR; le faltan los perfiles, los hermosos detalles del TORERO. Aceptado en principio lo uno, el problema queda reducido a lo siguiente: ¿Se igualarán estas dos condiciones algún día?... La crítica severa, justa, razonada e imparcial debe contestar que sí... Mucho, muchísimo dejó que desear ayer tarde en sus pases perdiendo terreno, en sus media-verónicas movidas, en sus largas sin rematar, pero el aprendiz de los Campos no es ya el novillero de la Ascension, y el novillero de la Ascension no fué el alternante de la tarde de ayer... Hay un progreso en esa vista, en el brazo al mover, en el trazo al recortar, en la intención al herir, y cuando en un joven vemos progresos... ¡ay que esperar!; y cuando este joven no se detiene en su aprendizaje, hay que guardar calma hasta que termine su carrera.

En resumen, Mazzantini se nos ha presentado como un MAESTRO-MATADOR y como un OFICIAL-TORERO... Qué el aprendiz se desenvuelva, y al confundirse las dos maestrías... ¿quién sabe si la herencia de nuestro precioso arte radique alguna vez en no despreciable legado en las manos de Luis?

Su alternativa ha sido un triunfo; hoy que las corrientes de la afición se dedican a entusiasmarse con el estoque y tener en menos las lindezas esdichas del trapo, hay que decir a los que no tengan una sólida base sobre que fijar su porvenir:

¡Jóvenes matadores de toros; curiosos de los palcos desde los cuales habéis sido testigos de una gran ovación!... Ha llegado la hora de apretar, y vuestra propia conciencia os gritará altanera: «A defenderse, a defenderse!»

Y Rafael... Su cortesía extremada nos permitirá que, en honor al joven debutante, lo hayamos pasado en silencio... ¡Perdónenos también aquel gran par de *Manene*, y los aplausos al *Torero*, y el acierto de la Presidencial... Perdónenos también doña Dolores Monge si le llamamos que sus toros resultaron nobles, pero muy blandos, y... etc., etc. También nos llamamos lo del paseo en triunfo...

Ese pueblo que en hombros te ha llevado, ¡Ay, Luis! ¡Ay, Luis... si hubieses desbarrado!...

Alegrías.

Hasta el lunes...

La novedad del día nos ha hecho retirar un magnífico cromo en varios colores que teníamos preparado para su publicación. En el próximo número lo daremos a conocer, seguros de que será de todo el agrado de nuestros favorecedores. Representa el cromo a Pepe-Hillo después de una ovación, en el Prado de San-Fernán con la duquesa de...

El retrato de Pepe-Hillo es exacto, exactísimo, copiado de un buen lienzo original y que poseyó en vida el infortunado diestro.

Si fuéramos a insertar las cartas de felicitación dirigidas a LA NUEVA LIDIA, no tendríamos espacio para publicarlas. Nos toca, sí, dar las gracias a tan galante público, y al número cada vez más creciente de nuestros lectores.

Estimamos en lo que valen las cartas de los principales diestros, y las tarjetas, visitas y telegramas de los mismos que han llegado a nuestra Redacción.

Hemos recibido un notable trabajo literario de D. E. San-doval... Seguramente bajo este seudónimo (que parece no tener disfraz) se oculta el apellido y la firma de un distinguido escritor.

MADRID: Imp. de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7, bis.